

LA ABUELITA ME ENSEÑÓ A MATAR

(Fragmento)

(...) Mi madre y su pareja iban a trabajar durante la temporada estival como refuerzo de la tripulación de servicio en uno de esos cruceros de lujo que tan de moda se han puesto últimamente.

Por eso tengo que quedarme con la abuelita, en este viejo caserón, al final del límite del pueblo. Al menos, hay un bosque por jardín y patio de juegos y tampoco estamos muy lejos de la playa; bueno, de los acantilados y una pequeña ría que hace las veces de playa para las gentes de este pueblecito.

Mamá y Germán no se quedan a comer porque tienen que ir a las oficinas de la naviera en la capital. No es que esté lejos, ni mucho menos, pero aún tienen mucho que hacer antes de embarcar en ese buque que más parece una ciudad que una embarcación. Me despido de mamá y de Germán con un abrazo largo e intenso a cada uno. Germán me da un cachete en el culete y me pide que cuide de la abuelita hasta que ellos vuelvan. Veo esa tartana en la que vinimos, irse, dando los mismos tumbos que al llegar aquí.

Me quedo triste y ensimismado, hasta que la abuelita me vocifera que va a hacer la comida, que no salga de

su vista. Vamos, que no puedo adentrarme en el bosque ni seguir el sendero que da la vuelta a la casa. Tengo que estar en el patio delantero, a la vista de la abuelita desde el ventanuco de la cocina, ese mismo por el que nos vio llegar hace escasamente una hora.

Sigo a lo mío, fulminando hormigas con un rayo de sol concentrado por la lupa, cuando oigo que alguien llama a Satanás, o eso entendí yo. Era una chica, creo que de mi misma edad, que cada vez que hacía esa infernal advocación lo acompañaba de un siseo rápido y continuo, que terminaba abruptamente.

La que iba a ser mi nueva amiga, y primer amor veraniego de mi vida, se llamaba Martina. Tenía el

cabello dorado oscuro como la miel de abril y los ojos verdes como la hierba de los prados. Era un poquito más alta que yo, pero muy poquito y llevaba una cinta para retirar el flequillo de su cara, a juego con el cinturón de su vestido.

- ¡Hola! ¿Has visto a Satara?

- ¿A quién?

- Es mi gato, es persa. Se llama Satara.

- ¡Ah, sí! Está entre los arbustos. Bueno, estaba hace un momento.

Los dos nos pusimos a buscarlo, aunque no hizo falta buscarlo mucho. El animal salió enseguida de su escondrijo, meneando la cola de forma sinuosa, muy contento porque llevaba una comadreja entre sus fauces. Depositó su trofeo de caza a los pies de su dueña, como un regalo, esperando unas caricias como premio.

- ¡Puaj, qué asco!

- ¡Gracias, Satara! Eres un gato muy bonito y muy bueno.

- ¿Te gustan los bichos muertos?

- ¡No! ¡Qué tontería! – se rió de mi asombro – Es que es lo único que un gato puede regalar a su ama. ¡Es de bien nacidos ser agradecidos!

Cuando terminé de asombrarme, le pregunté por el nombre tan extraño del gato. Le dije que había entendido Satanás y se volvió a reír, no de mí sino conmigo. Me explicó que era por una novela que le leía su madre. “El Conde De Montecristo” dijo. Era una historia de justa venganza de un hombre que encarcelan por un delito que no cometió y al que dan por muerto. Encuentra un tesoro de su compañero de celda y vuelve como un gran señor para vengarse de los malos que lo encarcelaron y hasta de su antigua

novia. Satara es como le llama un marinero italiano que se convierte en su ayudante, aunque en realidad se llama Edmond Dantés.

Me encantaba escuchar a Martina, pero la abuelita me llamó para comer, así que tuve que despedirme de ella y correr hacia el interior de la casa de la bruja, como la conocían la chavalada del pueblo. ¡No me extraña! La verdad es que era tétrica, incluso de día, y la abuelita siempre vestía de negro y barría su porche con una escoba de retama hecha por ella misma. Si a eso unimos que era bastante huraña y no le gustaban los extraños, tienes todos los ingredientes para una

leyenda urbana, o más bien rural, de la vieja bruja que vive entre el bosque y las afueras.

Aquí los veranos no son excesivamente calurosos, pero tampoco tan fríos como para comer puchero de pescado. Pregunté a la abuelita qué era eso y me contestó que COMIDA. Debió notar mi perplejidad, tal vez por tener los ojos tan abiertos como me permitían los párpados, y se apiadó de mí.

- Es sorropotún – su voz era tan seca, quebrada y galgajosa como siempre –

- ¿Zorro putón? – pregunté con la inocente curiosidad infantil que me caracterizaba en aquella época –

La abuelita estalló en risas. No era para menos. Se recompuso sólo para poder explicarme que era como se llamaba por estas tierras a un estofado de patatas y pescado y que, además, llevaba preparándolo toda la mañana, mucho antes incluso de que llegáramos nosotros. Después, volvió a reírse recordando mi confusión con ese nombre tan raro para el guiso.

Ayudé, como buen nieto, a la abuelita a terminar de poner la mesa; aunque la verdad es que ya estaba casi todo puesto, sólo faltaba el pan y la jarra de agua para mí porque la abuelita sólo bebía vino tinto y, alguna que otra vez, un culín de sidra que le traían desde Asturias. Antes la habría hecho ella, pero ya está demasiado mayor como para usar el viejo lagar de su finca.

Por fin nos sentamos a comer. Tal vez no me apeteciera un plato de cuchara con los rigores del verano, pero las emociones del viaje y jugar con Martina y Satara me habían abierto las hambres, como decía la abuelita. Lo cierto es que cocinaba muy bien. ¡Estaba riquísimo! Ya se sabe que el comer y el charlar, todo es empezar, y por estos lares la sobremesa se pasa

entre conversaciones y mojar chuscos de pan en el caldo espeso de este puchero.

La abuelita nos había estado vigilando por el ventanuco de la cocina. Ya dije que no le hacían gracia los extraños, pero es que en realidad no le gusta nadie y, mucho menos, las gentes del pueblo. Me preguntó que había estado haciendo con esa raquera. Nunca había oído esa palabra y le tuve que preguntar qué quería decir. No conocía mucho a Martina, de hecho, la acababa de conocer, pero no me gustaba nada esa cosa tan de la abuelita de hablar mal de todo el mundo. Raquera es quinqui, barriobajera de los muelles de Santander y, posiblemente, delincuente. Cierto es que

su padre era estibador, pero eso tampoco es para ningunear ni insultar a nadie. Para mí, simplemente eran humildes, y eso no está reñido con ser buena gente e incluso cultos. ¿Quién llama a su gato como un personaje de novela si no? Además, ni siquiera vivían en Santander sino aquí, en Colindres.

Seguro que notó que no me hacía ninguna gracia y por eso cambió de tema. Me preguntó si me lo había pasado bien abrasando hormigas con la lupa y si la había vuelto a dejar en su costurero. Respondí que sí a las dos cosas y la abuelita, otra vez, volvió a meter la pata hasta el corvejón. Me dijo que si había disfrutado

matando a esas malditas hormigas, por qué no había hecho nada con esa mala sombra de Lucifer.

¿¡Satara!?, atiné a dilucidar yo. ¡Qué mala idea tiene la abuelita! Era el único pensamiento que rondaba mi cabeza.

Estaba claro que a mí aquella bola de pelo marrón oscuro me había caído bien. Creo que lo único que se le ocurrió a la abuelita, para congraciarse de nuevo conmigo, fue enseñarme su colección del baúl del ático.

Después de una siesta obligada, más corta de lo que sería habitual el resto del verano, subimos las escaleras de madera que llevan hasta las plantas superiores. A pesar de estar enmoquetadas, crujían como huesos de pollo al partirse con cada pisada.

Recordé lo que la gente del pueblo decía de la abuelita, que era una bruja solitaria. Durante la siesta que fingí dormir, no paraba de preguntarme si lo que iba a enseñarme eran libros de conjuros, frascos con cosas extrañas para sus pociones y un gorro picudo que se ponía para protegerse del relente cuando saliera a volar en su escoba por las noches.

En cambio, encontré una habitación absolutamente impoluta y ordenada. Ni velas, ni telarañas añosas, ni frascos con ojos de tritón y otras rarezas. Libros sí que había, cientos de ellos. La mayoría seguían conservando una encuadernación exquisita, con filigranas doradas, y títulos algo ennegrecidos por el paso del tiempo y el descuido con el que estaban amontonados en unas estanterías combadas que apenas resistían su peso.

Junto al baúl, una mecedora donde se sentaba la abuela para abrir el baúl y regocijarse en sus recuerdos de colección.

También había una especie de silla eléctrica, junto a la mecedora de la abuela y al otro lado del baúl, donde me senté yo a hacer el tarín, fingiendo que me electrocutaba. Eso molestó mucho a la abuelita, que me dijo que parase y que no era una silla eléctrica, que era un garrote vil.

Se me tuvo que quedar cara de póquer, porque otra vez me explicó que era un artilugio para matar reos pero no friéndolos como peludines, que no son mascotas peludas como yo pensaba sino calamarcitos, y que se cambió porque la horca era vulgar e indigna por hacer que la gente muera de pie en vez de sentados como señores.

Al fin abrió el baúl y sacó lo que parecía un álbum de fotografías, pero en realidad era un cuaderno de piel en el que había pegado recortes de periódico y otros papelajos que yo no conseguía identificar.

La abuelita se emocionó al pasar las páginas de aquel tohaco y enseñarme el dibujo de un árbol con muchos nombres. En sus raíces, en la zona central, un solo nombre: Beata Dolores. Era el árbol genealógico de la familia. La abuelita me prometió que cada día me contaría la historia de un nombre de esa página pero que ahora no podía. Sacó un pañuelo blanco de satén que llevaba arrugado en forma de bola bajo su manga

izquierda y se limpió unas lágrimas inexistentes. Acto seguido, sonó la mocarrera de forma estruendosa y lo volvió a guardar en su muñeca. Para desviar la mirada de esa escena tan asquerosa, me puse a revisar los libros. Todos eran de leyes, códigos y cosas por el estilo.

El abuelo era abogado defensor. Lo fue hasta el mismo día de su muerte, en el momento más álgido de su carrera, cuando se suicidó por la presión de saber que su defendido era verdaderamente culpable de todos los asesinatos y violaciones que se le atribuían. Se ve que la abuelita quería mucho al abuelo, también que no le perdonó dejarla sola con una niña pequeña, mi

mamá, en un lugar que apenas conocía y al que no guardaba ningún cariño como era aquel pueblecito cántabro.

Lo poco que quedaba de tarde lo empeñamos en ver la caja tonta, como llamaba la abuelita a la televisión, y en cenar una rica ensalada con tomatitos de su huerto y otras cosas que le añadía.

Después de cenar, se echaba dos copazos de coñac al coleteo y, aunque intentó que yo también tomara, fue dar un sorbito y poner cara de asco. Instantáneamente se dio cuenta que no teníamos los mismos gustos, por

el momento, porque como decía la abuelita: - “Ya vendrás por libación cuando seas capaz de apreciarla, ya”

Los días iban pasando despacio, como si el tiempo pesase tanto como el ardor del sol veraniego, hasta que llegaba el momento de la historia familiar tras una siesta de mala gana. Por la mañana, jugaba en el ejido delantero, algunas ocasiones con Martina y Satara, las más de las veces completamente sólo. Por la tarde, disfrutaba de las historias de la abuelita y por la noche, a dormir soñando con lo que me había contado y esperando con sincio la historieta del día siguiente.

Me habían dejado, entre tantísimo equipaje, algún cuaderno viejo del colegio y unas ceras de color ya rotas pero a las que yo daba un buen uso aún. En las hojas libres dibujaba lo que iba imaginando de la historia familiar que la abuelita empezaba siempre en el árbol genealógico y continuaba con sentencias y recortes de periódico.

Recuerdo varias historias con especial cariño. La primera, la de la beata Dolores, iniciadora de la saga familiar, era cuanto menos espeluznante. La pobre mujer era ciega desde niña, muy religiosa, se acostaba con sus confesores, de uno en otro incluso en los conventos donde estuvo recluida. Debía de estar

medio loca porque decía que hablaba con su ángel custodio y con el niño Jesús, al que ella llamaba cariñosamente “el tiñosito”. Fue la última condenada a la hoguera por la Inquisición, que no tenía nada de santa y sí mucho de banda criminal, y la quemaron después de morir en el mismo garrote vil que la abuelita guardaba en aquel trastero de la planta superior. Aquella silla mortuoria había sido el final de varios personajes de sus historias.

Si cierro los ojos y me concentro, aún puedo sentir su tacto mientras acariciaba sus reposabrazos metálicos escuchando a la abuelita contar cómo aquella máquina infernal extraía hasta el último hálito de vida de quienes tenían la desgracia de asentar sus posaderas en ella.

Otro ajusticiado en el mismo garrote vil fue Jarabo, que aunque no era de la familia, tuvo relación con Charito, la hermana prostituta de la abuelita, la misma noche que mató a un matrimonio y su criada.

En total cuatro personas, porque la esposa estaba embarazada. Pasó la noche en casa de los asesinados y al día siguiente fue a matar al socio del que ya había matado.

Eran unos usureros que se negaban a devolver las joyas de su amante, empeñadas por orden de la ínclita para malgastar en juergas, y que quería recuperar.

Aquel rufián de la alta sociedad madrileña era uno de los asesinos predilectos de la abuelita.

Finalmente, en el baúl había unas cartas, correspondencia que la abuelita había mantenido con un recluso al que los periódicos llamaban “El Mataviejas”.